

ADAM SASS



Los

99



NOVIOS

de

MICAH SUMMERS



Besties
Books

¿A cuántos chicos hay que conocer para encontrar al indicado?

Los



**NOVIOS DE
MICAHA SUMMERS**

Traducción de Gerardo Hernández Clark

ADAM SASS



Título original: *The 99 Boyfriends of Micah Summers*

© 2022 by Dovetail Fiction, a division of Working Partners Limited

© por la traducción, Gerardo Hernández Clark, 2023

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2023

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

© de las ilustraciones del interior, Anne Pomel, 2022

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-270-5140-9

Depósito legal: B. 6.290-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.







EL CHICO NÚMERO 100




¿Cómo sé que es amor? Porque ya he vomitado dos veces y ni siquiera lo he invitado a salir aún. Aunque mis amigos habrían preferido prescindir de esa información, todos estuvieron de acuerdo en que mis problemas estomacales producto de la ansiedad eran el pretexto perfecto para faltar a clase e invitar a salir a un chico por primera vez en mi vida.

¿Cómo iba, en un día como este, a tener la cabeza para pensar en números imaginarios o en temas de política del siglo xx? Las señales de que ha llegado el momento de actuar están por todas partes: la capa de nubes grises que suele cubrir el cielo de Chicago se ha disipado por fin, dando lugar a un esperanzador azul Tiffany. Es el primer día cálido que hemos tenido en medio año, lo cual resulta perfecto para mi misión actual porque por fin puedo llevar mi camiseta de tirantes negra favorita, que hace que parezca que estoy cachas (*spoiler*: no lo estoy). No me siento culpable por faltar a

clase. Ya he hecho la mayor parte de los exámenes finales. De hecho, prácticamente he terminado el penúltimo año, y la mitad de los de último curso no asistirán hoy.

Entre ellos, Andy McDermott.

He estado revoloteando alrededor de Andy durante todo el mes de mayo con la férrea concentración de un tiburón acechando a un marinero caído al agua. Estuvo saliendo durante casi un año con una chica de mi clase de cerámica. Luego, ella le puso los cuernos durante las vacaciones de primavera, rompieron y Andy empezó a asomarse a las reuniones del club LGBTQ+ del instituto.

Como secretario del club, lo único que registré ese día en el acta de la reunión fue: «DIOS MÍO DE MI VIDA, ANDY ESTÁ AQUÍ».

Hannah, mi mejor amiga (y la mejor espía), se enteró de que Andy iba a faltar a clase para ir al Grant Park y grabar unos tiktoks con su banda. Y ahí es adonde me dirijo, todo lo rápido que puedo ir con mi skate Penny.

La pequeña tabla rosa fucsia de mi monopatín da sacudidas bajo el peso de mi mochila a reventar, pero logro mantener el equilibrio. Me guste o no, definitivamente soy un tirillas de diecisiete años con pintas de niño de doce. El aire primaveral me acaricia el rostro mientras me deslizo por el puente de color ladrillo que une el distrito Gold Coast, donde está mi casa, con el Loop, en el centro de la ciudad. Al llegar al lago me doy cuenta de que la ciudad entera ha decidido pasar de las clases: hay gente navegando en sus veleros, montando en bici, corriendo, de pícnic..., todos desesperados por aprovechar el primer atisbo de calor desde octubre.

Sin embargo, el viento reconfortante que corre aquí no logra apaciguar la acidez que burbujea en mi estómago.

Hoy es el día en que Micah Summers invitará a salir a un chico por primera vez, pase lo que pase.

¡Espero no liarla!

Cuando al fin me detengo frente al murete de piedra que da acceso al Grant Park, tengo un golpe de suerte: Andy McDermott ya está aquí. Y está solo. Es muy raro encontrar a Andy sin su círculo de intimidantes amigos.

Pero aquí está, sin ellos, haciendo cola en un puesto de perritos calientes.

Andy es un chico sacado de un cuento de hadas, pero del rollo así un poco punk como de *Los descendientes*. Tiene el pelo oscuro y rizado teñido de azul verdoso en las puntas, pecas en los pómulos ligeramente bronceados, un pendiente brillante en la oreja, una camisa de franela atada a la cintura y anillos plateados en casi todos los dedos. El look ideal para un videoclip retro.

Procuro respirar de forma regular. Me humedezco los labios secos, me cuelgo el monopatín de la parte de atrás de la mochila y me uno a la fila detrás de Andy.

No repara en mi presencia. El corazón me late con fuerza.

La vendedora de perritos calientes, una escandalosa señora mayor blanca ataviada con prendas de los Chicago Bulls, le hace una seña a Andy para que se acerque a pedir.

¿Cómo se supone que voy a iniciar una conversación? Y una vez que lo logre, ¿cómo voy a invitarlo a salir con la naturalidad suficiente para que no se asuste pero con la claridad suficiente para que nuestra cita no se convierta en una fría quedada en plan amigos?

En la vida real, los chicos no son príncipes de cuentos de hadas: son criaturas aterradoras e insondables salidas de bosques misteriosos.

No hay tiempo para respirar. Saco el móvil y le escribo a Hannah en busca de apoyo.

¡Ayuda! Tengo a McDermott
delante comprando perritos
calientes. ¿Qué hago?

La respuesta llega de inmediato:

¡Invítalo a salir!

Por poco no estrangulo el móvil. Desde séptimo, Hannah ha salido con los chicos más maravillosos y populares, y siempre son ellos los que le piden salir a ella. No sé cómo se me ha ocurrido que sus consejos podrían servirme a mí, un chico gay que ni siquiera tiene la experiencia en citas de un niño de trece años.

Gracias, Hannah, pero ¿cómo?

Tú proponle tomaros los perritos
calientes juntos. Pero haz que
suene como si con «perrito
caliente» quisieras decir otra
cosa...

Mírala cómo se burla mientras
yo aquí desespero.

¡Dile que le invitas a su perrito!

Por fin un consejo concreto y práctico. Hannah es una reina.

—Uno completo —le pide Andy a la vendedora con su voz áspera y ronca.

—Serán cuatro cincuenta —responde ella.

Yo me inclino hacia delante y le ofrezco mi tarjeta de crédito mientras Andy sigue buscando la cartera.

—*Yonvito* —suelto abruptamente en una especie de batiburrillo de fonemas.

Andy da un paso atrás. Su rostro de aspecto descuidado refleja sorpresa.

Mierda. Me he precipitado.

—¡Lo siento! —Por motivos que desconozco, levanto los brazos en un gesto de rendición—. Quería decir que... yo... ¿invito?

Andy sacude sus largas pestañas y su expresión de desconcierto se disuelve en una media sonrisa. Perfecto. Vuelvo a respirar.

—Ah, hola —saluda—. Micah, ¿verdad? Del club ese de la escuela.

¡Me reconoce!

—Sí, eh... —asiento mientras le entrego mi tarjeta a la vendedora. Mis ojos saltan de un lado a otro, posándose en todo menos en Andy. El plan se está desmoronando. Para Andy, este chiquillo blanco al que apenas conoce acaba de salir de la nada sin explicar por qué.

—¿Vas a pedir para ti también, cariño, o solo pagas el suyo? —pregunta la mujer.

Todo me da vueltas. Imposible que pueda comer nada.

—Solo el suyo —respondo con voz débil.

—Vaya, pues gracias —replica Andy, pero su tono amistoso no logra relajarme.

Haciendo un gran esfuerzo, lo miro a los ojos. Son marrón oscuro, salpicados de dorado. Está sonriendo.

Demasiada atención. Me da un vuelco el estómago. «Sonríe, Micah.» Obedezco. «¡No enseñes tanto los dientes!» Cierro los labios. «Ahora parece que tengas náuseas.» ¡Es que tengo náuseas! La sonrisa de Andy empieza a desvanecerse. «¡Lo estás perdiendo!»

—No sé qué haces esta noche —suelto de repente.

La ceja con piercing de Andy se levanta.

—Tú... ¿no sabes qué hago esta noche?

Lo que intentaba decir era: «No sé qué haces esta noche, pero, si no estás ocupado, ¿te apetecería ir a ver una peli/cenar/lo que sea?». Por supuesto, me he acobardado en la parte importante y he terminado sonando como un perverso.

—Aquí tienes la tarjeta, cielo —me dice la vendedora. Luego le entrega a Andy un perrito caliente envuelto en papel de aluminio y una bolsa de patatas fritas.

La mujer que está detrás de nosotros se abre paso a codazos para que sus hijos se acerquen a pedir; Andy y yo salimos al mismo tiempo de la fila.

¿Qué se supone que estoy haciendo? ¿Voy a ir detrás de él todo el día, como un fantasma triste?

—Quiero decir, si no tienes nada que hacer esta noche..., eh... —balbuceo.

Por fortuna, Andy comprende adónde quiero ir a parar.

Hace una mueca y se acerca un poco.

—Verás, Micah, me siento superhalagado, pero...

—¡No hay problema! —exclamo—. Feliz graduación, feliz perrito caliente, ¡adiós!

Echo a correr en dirección contraria con la urgencia de una gacela que está a punto de convertirse en la cena de un jaguar, y no me detengo hasta que no desaparece el tóxico charco de ácido de mi interior.

El corazón se me marchita en el pecho. Una vez más, no he podido hacerlo.

En cuanto me siento seguro, a varias manzanas de distancia de Andy, pongo en el suelo el skate y me deslizo hacia el Millennium Park, un lugar más bien turístico, pero donde al menos puedo desaparecer entre la multitud. Desaparecer es justo lo que necesito ahora mismo. Bajo del monopatín, lo hago saltar con el pie hacia mis manos y me siento con las piernas cruzadas a unos metros de la Alubia, una gigantesca instalación de arte reflectante con la forma de..., bueno, de alubia.

Abro la mochila y saco un lápiz y un cuaderno de bocetos de Moleskine. En cuanto siento la textura del papel bajo los dedos, el fuego de la humillación comienza a aplacarse.

Me he lanzado (más o menos) y he sido rechazado (también más o menos).

Menuda mierda. Es hora de dejar de lado ese flechazo y dibujar a Andy hasta expulsarlo de mi mente.

Empiezo a dibujar a Andy McDermott con trazos amplios y rápidos, pero no como es en realidad, sino como mi flechazo me lo ha hecho ver. Exagero sus rasgos: el cabello de puntas azules se convierte en una melena que le llega hasta los hombros, sus ojos se convierten en lunas doradas y relucientes, la camisa de franela se transforma en un tartán medieval, roto y agitado por el viento.

Es un pirata, como Westley en *La princesa prometida*. O un hombre lobo como los de las novelas románticas que solía coger a escondidas de la mesilla de noche de mi madre.

Un lobo pirata.

Añado florituras visuales, como un bosque nocturno

tatuado a lo largo de su brazo izquierdo. Un piercing de aro en vez del brillante que lleva. Un par de colmillos diminutos bajo un grueso bigote.

No se parece en nada a Andy McDermott. En mi fantasía, Andy, el lobo pirata, me lleva a su casa en lo más profundo de un bosque espeluznante. Nada de invitarlo a salir ni de tartamudear. No soy más que el prisionero voluntario de un lobo pirata. En esta fantasía, no soy un chico de diecisiete años que nunca ha tenido una cita...

A diferencia de mis amigos, a mí nunca han dejado de gustarme los cuentos de hadas, porque no creo que sean tontos ni falsos. Para un chico solitario y *queer* pueden ser tan reales como cualquier otra cosa, incluso más, porque yo controlo la historia. En el mundo real, soy un desastre. No sé hablar. Ni siquiera puedo mirar a los ojos a la persona que me gusta. No tengo control sobre nada. Pero en los cuentos de hadas puedo idealizar el amor tanto como quiera. Puedo ser quien yo quiera.

Cuando dibujo, soy yo mismo.

Abro Instagram y unas fuerzas renovadas me inundan el corazón. Aunque mi cuenta artística —@InstalovesInChicago— ha estado inactiva durante toda la semana a causa de los exámenes finales, tengo mil seguidores más. ¡Ya casi son cincuenta mil! Por lo general, no leo los comentarios, así que no sé si son positivos o negativos, pero el simple hecho de saber que todas esas personas están viendo mis dibujos me basta para contrarrestar la decepción de hoy.

«Me siento superhalagado, pero...» Ni siquiera he dejado que Andy terminara la frase, como si esa interrupción minimizara el rechazo. Da igual que el final de

la frase hubiera sido «pero no me interesas» o «pero todavía no me siento preparado después de mi última ruptura», el hecho es que no corresponde mis sentimientos. Como el cordón de una zapatilla que se desata de repente, ese sentimiento que parecía amor se revela como lo que es en realidad: un encaprichamiento unilateral. El amor siempre es correspondido.

En fin. Otro fracaso para Micah Summers.

Como los otros noventa y nueve fracasos (o «éxitos casi alcanzados», como suelo llamarlos con optimismo), el espíritu de mi enamorado sigue viviendo en el dibujo romántico de lo que pudo haber sido.

Cuando me regalaron este cuaderno de bocetos hace dos años, por mi cumpleaños, tenía doscientas ocho páginas en blanco. Ahora, noventa y nueve de ellas contienen los dibujos a lápiz de mis «novios de Instaloves», cada uno rociado amorosamente con spray Krylon permanente.

Sellados. Colgados en Instagram. Perfecto. Noventa y nueve novios.

Menos mal que nadie sabe que yo estoy detrás de esa cuenta. Mi familia participó en un *reality show* hace unos años (y todo el mundo conoce a mi padre), así que lo último que quiero es que todo internet sepa cuántos flechazos fallidos ha sufrido Micah Summers. Gracias a que es anónima, Instaloves gira en torno al arte, no a los cotilleos. Me ha dado un espacio para explorar y hallar mi voz artística.

Reviso las notificaciones de la cuenta, una columna infinita de mensajes no leídos. En las diminutas ventanas de vista previa, todos formulan variaciones de la misma pregunta:

¿Dónde está el chico número 100?

¿Cuándo publicarás al chico
número 100?

Chico número 100, ¿CUÁNDO?

«¿Cuándo llegará mi príncipe?»

El corazón me da un vuelco. Noventa y nueve flechazos, y he invitado a salir a cero.

Durante toda la semana he creído que Andy sería el chico número 100, el flechazo que por fin se convertiría en algo más. Pero el destino ha decidido que el chico número 100 siga ahí fuera, esperándome igual que yo lo espero a él.